



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Más allá del tema del traidor y el héroe.

Benjamin, la conspiración y la filosofía política

Silvia Schwarzböck¹

Resumen:

“Tema del traidor y el héroe”, el célebre cuento de Borges, postula, entre otras cosas (de las cuales la más importante es, sin duda, que el traidor y el héroe son la misma persona), la dificultad, para el historiador, de narrar los hitos de una conspiración exitosa (en una hipotética Irlanda de 1824) si deslinda lo trágico de lo histórico (aun cuando sepa que lo que esos sucesos tienen de trágico está plagado de escenas de *Macbeth* y *Julio César*). Si el historiador les sacara a los hechos el halo trágico, la doble cara del héroe-traidor (víctima y verdugo) se convertiría en la suya. Con esa mirada podría ver los hechos desde la perspectiva de la víctima, pero también desde la del verdugo. Ese tipo de duplicidad es la que Benjamin encuentra en la mirada de Baudelaire sobre el París del Segundo Imperio (de ahí que los contemporáneos del poeta no terminaran de saber si él era un simpatizante de la revuelta o un soplón de la policía). Esa sería, por antonomasia, la mirada estética sobre la política, una mirada de la que Benjamin buscó diferenciarse. En los resúmenes previos al *Libro de los pasajes*, y en el libro mismo, la conspiración aparece como un modo de pensar la política en el siglo XIX desde el siglo XX. Sobre los problemas que plantearon las conspiraciones del siglo XIX a la filosofía política del XX (vistas desde Benjamin y más allá de él), y las que plantean las del siglo XX en el presente, tratará este trabajo.

¹ Universidad Nacional de Quilmes, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Nacional del Litoral.
Correo electrónico: silviaschw@gmail.com



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Más allá del tema del traidor y el héroe.

Benjamin, la conspiración y la filosofía política

“Tema del traidor y el héroe”, el célebre cuento de Borges, postula, entre otras cosas (de las cuales la más importante es, sin duda, que el traidor y el héroe son la misma persona), la dificultad, para el historiador, de narrar los hitos de una conspiración exitosa (en una hipotética Irlanda de 1824) si deslinda lo trágico de lo histórico (aun cuando sepa que lo que esos sucesos tienen de trágico está plagiado de escenas de *Macbeth* y *Julio César*)². Si el historiador les sacara a los hechos el halo trágico, la doble cara del héroe-traidor (víctima y verdugo) se convertiría en la suya. Con esa mirada podría ver los hechos desde la perspectiva de la víctima, pero también desde la del verdugo. Ese tipo de duplicidad es la que Benjamin encuentra en la mirada de Baudelaire sobre el París del Segundo Imperio. De ahí que haya sido el propio poeta el que, como ejercicio de su ironía, siembra la duda acerca de si era un simpatizante de la revuelta o un soplón de la policía. Esa sería, por antonomasia, la “metafísica del provocador”, la mirada estética sobre la política, una mirada de la que Benjamin buscó diferenciarse, bajo la consigna de “politizar la historia”. El cumplimiento de esa consigna estaría, a mi entender, en el abordaje benjaminiano de la conspiración. En los resúmenes previos al *Libro de los pasajes*, y en el libro mismo, la conspiración aparece como el modo particular en que un materialista histórico del siglo XX (con un concepto del materialismo histórico divergente del de Marx-Engels) interpreta cómo se hizo política en el siglo XIX. Y es en esa interpretación en la que Benjamin más se aleja de la mirada estética de Baudelaire, de la que sí se sirve, más caligráficamente, para elaborar su concepto de modernidad.

En el siglo XIX, de hecho, había habido posturas políticas más radicales que las de Marx y Engels. Las de Blanqui y los blanquistas, por un lado, las de Saint-Simon, Fourier y Owen, por el otro. Eran aquellas que buscaban un cambio total de las bases de la sociedad

² Borges, Jorge Luis, “Tema del traidor y el héroe” [1944], en: *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 496-498



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

capitalista, ésas que no rescataban nada del pasado burgués. En este sentido, podría pensarse que la parte realista que estaba implicada en el marxismo de Marx-Engels provenía de su presunción científicista (presunción por la cual muchos juzgarán, en el siglo XX, el fin del socialismo real en términos de contrastación de una teoría, como si lo que se hubiera aplicado en los países socialistas fuera una teoría científica). En cambio, según Karl Korsch –es a Korsch a quien sigue Benjamin en su lectura de Marx- esa componente realista del marxismo, que él llama “sobriedad” a Marx le venía de Hegel³ (una sobriedad que, después de la Revolución Francesa, la habían proclamado los primeros teóricos de la contrarrevolución –Bonald y De Maistre- y, tras ellos, los románticos alemanes). Hegel – en esta lectura- era la vía por la cual el materialismo histórico marxiano (y el materialismo de la teoría proletaria) se conectaba con el conjunto del pensamiento social burgués de la época anterior. Ese era, a su vez, el modo equivocado en que la experiencia proletaria se conectaba con la experiencia burguesa previa. El primero en notar la equivocación –habría que agregar- fue el propio Marx, en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, y junto con él, lo notaron los propios proletarios, como lo prueba la experiencia de la Comuna (la primera revolución proletaria cuya causa le pertenece enteramente al proletariado); la burguesía, en cambio, nunca se engañó sobre su relación –circunstancial y de conveniencia- con el proletariado.

Sería contra esta lógica, que hace de Marx un eterno joven hegeliano, que Benjamin prefirió a Blanqui y a la Comuna. Esa elección de la postura más radicalizada contra la más sensata implica pensar el siglo XIX desde ese tramo del siglo XX en el cual el triunfo venía siendo del fascismo, en una parte del mundo -la que Benjamin habitaba-, y del stalinismo, en esa otra parte, donde alguna vez él estuvo de paso. Cuando ya no se cree en el Progreso y en que haya leyes la historia (como le sucede a Blanqui en un siglo XIX que lo mantiene encerrado y a Benjamin, en los últimos años de la última década en la que fue comunista, la de 1930), la expectativa revolucionaria es anarquista, si se entiende al anarquismo como la destrucción total de todo el orden vigente.

³ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, edición de Rolf Tiedemann, trad. Luis Fernández Castañeda, Isidro Herrera y Fernando Guerrero, Madrid, Akal, 2005, pp. 678-679 [X 12, 2]



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Que el apartado que Benjamin le dedica a Marx en el *Libro de los Pasajes* esté compuesto, en gran parte, de citas de Marx citadas por Korsch indica algo más que el hecho posible de que la suya sea una lectura mediada por otra lectura que era, a su vez, una lectura en común entre los filósofos de la Teoría crítica. Se trataría, para el caso, de apropiarse de la idea rectora de la lectura que Korsch hace de Marx: que “el objetivo último de la teoría marxiana sería desvelar la ley que mueve la historia”⁴. Haciendo suya esta clave de lectura, Benjamin obtiene el punto arquimédico desde el cual desdeñar la paciencia de los autores de *El Capital*. Tras citar a Korsch diciendo cuál es el objetivo último de la teoría marxiana (ese objetivo sería desvelar la ley que mueve la historia), Benjamin agrega que “... la experiencia de nuestra generación [es] que el capitalismo no morirá de muerte natural ...”⁵. Estar contra la paciencia de Marx es estar en contra de su filosofía de la historia. Antes que una teoría científica –sociológica o económica-, el marxismo sería una filosofía de la historia. En la filosofía de la historia de Marx radicaría la sobriedad que hereda, como un lastre, de Hegel (sobriedad que, para los anarquistas contemporáneos, como Badiou, haría del marxismo una teoría agotada, precisamente, por su victoria en el siglo XX: volver al siglo XIX implicaría, para él, dejar atrás la experiencia del socialismo real en el siglo XX, que quedó estancada, por la sobriedad heredada de Hegel, en la estructura burocrático-represiva del Estado⁶).

En el siglo XIX no estaba en discusión la victoria del socialismo (debido a su “sobriedad”, si se quiere), sino las condiciones de su existencia. Lo que podía ser victorioso –de lo que sí podía discutirse su posibilidad real de triunfo- tenía por entonces la forma de la conspiración. La conspiración –ésta es su ventaja política- no tiene un signo ideológico definido o, por lo menos, claramente identificable. La conspiración sucede en el círculo de la bohemia: la taberna donde se toma vino (ambiente correlativo, para el proletario, del café donde el flâneur lee el periódico), que se frecuenta después del trabajo (para el conspirador

⁴ Ibid., p. 678 [X 11 a,1]

⁵ Ibid, p. 678 [X 11 a, 3]

⁶ Badiou, Alain, “La idea del comunismo”, en: Badiou, Alain, Negri, Toni, Rancière, Jacques, Zizek, Slavoj, y otros, *Sobre la idea del comunismo*, trad. Alcira Bixio, Buenos Aires, Paidós, 2010, pp. 17-31



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

ocasional) o en el tiempo que tomaría el trabajo (para el conspirador profesional, aquel para el cual conspirar es su única ocupación). Pero fue también en ese tipo de ambiente, un ambiente de reuniones visibles pero secretas, en el que Luis Bonaparte empezó su carrera para hacerse a sí mismo Napoleón III. Y fue él, según Benjamin, quien durante su Imperio siguió perfeccionando las costumbres conspiratorias, volviéndolas parte de la Razón de Estado⁷. Proclamas sorprendentes y negocios secretos; salidas veleidosas e ironías impenetrables: los mismos rasgos que se encontrarían en la prosa de Baudelaire. Baudelaire es, en la semblanza benjaminiana, un poeta moderno (un poeta que ve lo moderno de la gran ciudad o, si se quiere, que percibe los rasgos incipientemente modernos de la París de la primera mitad del siglo XIX tal como irán a desarrollarse en la segunda mitad de ese siglo) y un prosista misógino y reaccionario (aunque lo que tenga de reaccionario también haya que pensarlo como una novedad).

Los conspiradores profesionales –en esta semblanza que Benjamin hace valer para Baudelaire y para Luis Bonaparte- son personas que exponen sus opiniones apodícticamente y que son poco dadas a la discusión, no porque sean malos discutidores, sino porque la discusión no la consideran un asunto propio, no se sienten obligados a ella por el mismo tipo de convención que el resto de las personas la aceptan, aún a disgusto. Baudelaire pasa de un día para el otro de defender el arte por su utilidad a declararse partidario del “arte por el arte”; del mismo modo, Napoleón III pasa de la noche a la mañana (de noche y a espaldas del Parlamento, más exactamente) del proteccionismo aduanero al comercio libre. Hay una impostura en ambos que a Benjamin parece no importarle cuán diferentes puedan ser los campos en que tiene efectos para cada uno. Que uno sea un escritor y el otro un político (un futuro emperador) no hace diferencias, en primera instancia, para explicar por su intermedio el sentido y la novedad de la conspiración.

⁷ Benjamin, Walter, “Charles Baudelaire. Ein Lyriker im Zeitalter des Hochkapitalismus”, en: *Gesammelte Schriften*, hg. von Rolf Tiedemann und Hermann Schweppenhäuser, Frankfurt/M, 1991, Band I. 2, p. 514 (en la edición castellana: Benjamin, Walter, “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, en: *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, trad. Jesús Aguirre, Madrid, Taurus, 1980, p. 24)



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

En la conspiración, hasta aquí, se advierte la urdimbre baja de lo que después se vuelve trascendente (o sobrehumano), tanto en la escritura como en la política. La conspiración está pensada como genealogía, en el que será el sentido nietzscheano (en la idea del eterno retorno, de hecho, Benjamin encuentra que Baudelaire comparte algo con Nietzsche y, antes, con Blanqui). Pero junto con lo bajo (y lo espurio) que supone la conspiración estaría lo propiamente humano (lo demasiado humano): el conspirador, en tanto arribista, descrea de que todo lo que está férreamente instalado pueda ser confundido con algo sagrado e inalterable. No tiene el conspirador, en su etapa anterior al triunfo, espíritu de herejía. No es un profanador, sino alguien que no tiene por muy elevado el campo en el cual interviene (sea la poesía o la política). No porque no respete lo que, en algún punto, da sentido a su vida, sino porque sabe cómo se hace eso que a otros los ha llevado a la gloria –supone, en realidad, que sabe cómo hicieron los otros, esos cuyo lugar siente que irá a usurparles, para estar donde él quiere estar-. En su irreverencia, el conspirador da por supuesto que el orden vigente lo han urdido ciertos hombres victoriosos y que lo han hecho con los mismos recursos de la imaginación con que él cuenta ahora para seducir y triunfar. Hay, en esta lógica, una clara reminiscencia realista (de sobriedad, podría decirse), antes que revolucionaria. Es como si el conspirador se sintiera a sí mismo un aspirante, un candidato, uno entre otros (alguien con posibilidades de ganar, aunque también pueda perder), que necesita de las alianzas adecuadas y de los contactos específicos para llegar a ser quien quiere. Benjamin hace notar hasta qué punto la figura de Baudelaire, como artista, es una figura de transición entre dos lógicas: la del mecenazgo y la del mercado. “... Baudelaire fue quizá el primero en concebir la idea de una originalidad ajustada al mercado, que por eso mismo fue por entonces más original que cualquier otra. La creación de sus tópicos le lleva a actuaciones típicas del mundo de la competencia comercial. Sus difamaciones de Musset o de Béranger también forman parte de ello, tanto como sus imitaciones de Víctor Hugo ...”⁸. Baudelaire, anticipadamente, es alguien referido al público en términos de mercado, pero en un momento en el cual todavía no se podía aspirar a seducirlo sin la mediación adecuada (en su caso, la que tenía a disposición estaba caduca, y la que aspiraba

⁸ Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, ed. cit., p. 340 [J 58, 4]



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

a tener estaba todavía en ciernes). De ahí que de la metafísica de la provocación no pueda obtener los resultados que espera, aunque sea el único recurso a la mano para lograr un cometido que tenía futuro pero que no estaba aún en vigencia. Aseveraciones epistolares como “quiero poner en contra mía a toda la raza humana”, hechas en forma de confesión a su madre, formarían parte de un culto de la ironía que, como el *spleen*, tendría más futuro que presente.

De hecho, Baudelaire hace un culto privado de la ironía (privado, sobre todo, porque no logra compartirlo más que con el futuro lector de sus notas). Se ríe para sí y hace un culto del reírse para sí. Detesta, de hecho, a los “pobres belgas” que sólo pueden reírse “en patota”. Ahora bien, es con ellos con los que ensaya su ironía, una ironía que la ejerce para contársela a alguien que no está presente (el lector). La ironía la practica en respuesta a la calumnia. Hace falta una sociedad de calumniadores (Bélgica, por su espíritu de pequeña ciudad, es “el Templo de la Calumnia”) para que la ironía se despierte como respuesta hiperbólica (hay que tener en cuenta que Baudelaire, en este punto, como en otros, es un adelantado). “... Cuando me he sentido calumniado (...) me he servido de la ironía. A todos los que me preguntaban por qué me quedaba tanto tiempo en Bélgica (...) les respondía que yo era un soplón. ¡Y me creían! A otros les decía que me había desterrado de Francia porque había cometido allí delitos de una clase indecible, pero esperaba que, gracias a la espantosa corrupción del régimen francés, me concedieran pronto la amnistía. ¡Y me creían! Exasperado, declaré que yo era no solamente un asesino, sino un pederasta (...) Y me han creído; ¡tan tonto es este pueblo! ...”⁹. Por la misma falta de ironía, los belgas se creen los cumplidos que les hacen.

Baudelaire no puede ser un dandi –razona Benjamin-, si por dandi se entiende a aquella persona que agrada precisamente porque no se propone agradar. Él era alguien que lograba su cometido de no agradar. Por eso, también, resulta injusto que Benjamin haga de Baudelaire, a propósito de su risa satánica, un precursor de ese culto de la broma que sería inseparable de la propaganda fascista. Está claro, sí, en *Pobre Bélgica*, que la risa de los

⁹ Baudelaire, Charles, *Pobre Bélgica*, trad. Luis Echávarri, con Introducción, revisión y notas de Américo Cristófolo y Hugo Savino, Buenos Aires, Losada, 1999, pp. 71-73



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

belgas -esa “risa sin motivo”, esa “risa imbécil”, correlativa de la falta de gracia y de la nulidad para la conversación-, a diferencia de la suya, es parte de un gregarismo siniestro, que lleva a formar sociedades con criterio medieval, en lugar de moderno. Y que es en la forma de formar esas sociedades donde entra en juego, finalmente, la categoría de conspiración. Pero se trata de dos clases de risa diferentes. Es la risa de los belgas, y no la de Baudelaire, la que está directamente emparentada con el fascismo (sobre todo con lo que queda del fascismo una vez que el fascismo es militarmente derrotado).

Bruselas encarna el “espíritu de pequeña ciudad” contra el “espíritu de gran ciudad”, que residiría exclusivamente en París, no sólo por la diferencia en la cantidad de habitantes¹⁰.

Porque no es la mera cantidad de habitantes la que haría de Bruselas una “caricatura de las bobadas francesas”¹¹. La caricatura exagera, como característico, lo peor del referente. Y lo peor sería, en el caso de los belgas, ese gregarismo siniestro que, cuando está vigente en el “espíritu de gran ciudad” podría llamarse conspiración (aunque, de hecho, sea también por otros rasgos de menor importancia que puede considerarse a Bruselas una caricatura de París: que la ociosidad haga que los belgas sean aficionados a las novedades, los chismes, las murmuraciones o al regocijo con la desgracia ajena, permitiría verlos sólo en escala como distintos de esos parisinos que van al café a leer en los periódicos precisamente aquello que equivaldría a la novedad, el chisme, la murmuración, o al disfrute con la desgracia ajena). La risa satánica de Baudelaire, aplicada a las costumbres de los belgas, muestran una idiosincrasia del provocador que es ya contemporánea de formas de comunicación de masas (la propia de los periódicos) que no harán sino afianzarse en el futuro próximo.

El equivalente pueblerino de la conspiración metropolitana serían esas confraternidades que Baudelaire tanto detesta y a las que considera un residuo de las corporaciones medievales.

¹⁰ “... En 1848 sólo había cuatro ciudades por encima de las cien mil almas, Lyon, Marsella, Burdeos y Ruán, y tres entre setenta y cinco mil y cien mil, Nantes, Toulouse y Lille. Únicamente París era una gran ciudad con más de un millón de habitantes, sin contar los suburbios (anexionados en 1860). Francia sigue siendo un país de pequeñas ciudades ...” Charles Seignobos, *Historia sincera de la nación francesa*, París, 1933, ppp. 396-397, citado por Benjamin, Walter, *Libro de los pasajes*, ed. cit., p. 722 [a 9 a, 2]

¹¹ Baudelaire, Charles, *Pobre Bélgica*, ed. cit., p. 19



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

Pero si Bruselas es una caricatura de las bobadas francesas, esas sociedades tienen entonces, exagerados en su falsificación, los peores rasgos de la lógica conspirativa: “... viejos restos de las tonterías feudales: juramentos, linajes, corporaciones, cofradías, castas, oficios ...”¹². De ahí que la portación de este lastre medieval haga de los belgas unos aficionados a los grados, las presidencias, las condecoraciones, y el militarismo¹³. Y que el hecho de ser respetuosos de las jerarquías los convierta en exitistas: “... un pequeño fracaso –dice Baudelaire- y ya uno no es nada ...”¹⁴; “... cuando el vecino se arruina, aunque sea el hombre más honrado del mundo, todos le huyen, por temor a que les pida un favor ...”¹⁵.

Lo más notorio, en la descripción de Baudelaire, es cómo todo lo pernicioso que pueda tener este carácter belga, como “espíritu de pequeña ciudad”, está vinculado a una atomización social que pertenece al mismo concepto de lo moderno que hace a los parisinos portadores de un “espíritu de gran ciudad”. De hecho, esos hábitos sobre los que Baudelaire ironiza no son otra cosa que lo que él llama “boberías francesas”, sólo que en la pequeña ciudad resultan más insoportables de padecer que en la grande.

La atomización se advierte, sobre todo, en el modo artificial en el que se constituyen las fraternidades. Por lo mismo que los hombres pueden juntarse después pueden dividirse. La división de las sociedades, a pesar de sus pocos miembros, es infinita: una sociedad se divide por dos y esas dos vuelven a dividirse y se forman cuatro. Y así sucesivamente. A Baudelaire lo mueven a la risa –a la risa satánica, solitaria, dedicada a un futuro lector-, porque ese gregarismo siniestro que las origina es precisamente aquello de lo que él no sólo puede prescindir, sino que el hecho mismo de prescindir de él lo hace feliz. Él puede reírse sólo (aunque sabemos que nadie se ríe sólo: la risa, si es un acto de inteligencia, no puede

¹² Ibid., p. 78

¹³ Ibid., p. 79

¹⁴ Ibid., p. 79

¹⁵ Ibid., p. 74



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

ser privada). Las sociedades que se crean en Bruselas para inventar bromas¹⁶, por ejemplo, serían la prueba de que la risa gregaria siempre es siniestra, porque lo que justifica la unión es la necesidad de encontrar una víctima propiciatoria. Es la lógica de la patota.

De ahí que con la fraternidad de la risa sea con la que mejor se puede uno representar la fragilidad de los vínculos en las fraternidades artificiales. De un día para otro, el objeto de escarnio puede pasar a ser un compañero de fraternidad. Que alguien pase de verdugo a víctima (en un tipo de sociedad donde los que se juntan se juntan para ser todos verdugos y poner a las víctimas fuera del círculo) implica de suyo la división. Todos advierten (quizá unos primero que otros) que alguien conspira para dejar a un igual afuera del círculo protector que entre todos han trazado. Cualquiera, entonces, puede ser el próximo. El principio de la jerarquía se hace valer, a partir de ese momento, con posibilidad de la exclusión. Y con la exclusión como peligro -y como amenaza-, se instala la lucha interna (el “internismo”) y los alineamientos (la subordinación) detrás de los bandos enemigos. Estos serían los residuos feudales (el vasallaje que implica la fraternidad) que tanto hartan a Baudelaire cuando los advierte en Bruselas. Pero serían, en tanto los belgas falsifican las bobadas francesas, el principio rector del tipo de sociedades –las sociedades artificiales– que los hombres arman libremente en el mundo moderno.

La lógica de esas sociedades tan frágiles, tan rápidamente divisibles *ad infinitum* (aunque no sumen más de cuarenta personas), es la de la patota, si se entiende por “patota” a un grupo de personas que se juntan para inferiorizar a otro. La inferiorización (que eleva automáticamente al bromista al rango de “superior”) demanda elegir una víctima y elegir una broma con la que burlarse de ella. Se trataría del principio de la cargada, del “*culte de la blague*” que Benjamin encuentra afín a Sorel, a Céline y a la propaganda fascista, pero de la que no está exenta, para él, la ironía de Baudelaire con los belgas.

Lo único que los une a los hermanos bromistas es el excluido. Pero Baudelaire se intriga no por el excluido (no se pregunta a quién se decide dejar fuera de la fraternidad), sino por la razón por la que se juntan los que se juntan para hacer algo juntos (él cree que, si fueran

¹⁶ La Sociedad de los Alegres fue creada en Bruselas en 1847 con la finalidad de hacer bromas, chistes y cargadas a otros. Cfr. Baudelaire, Charles, *Pobre Bélgica*, ed. cit. , p. 232, nota 36



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

inteligentes, podrían hacerlo en forma solitaria): “... Los belgas sólo piensan en patota (francmasonería, librepensadores, sociedades de todas clases) y no se divierten sino en patota (sociedades de recreo, sociedades para la cría de los pinzones), niñas tomadas del brazo, y lo mismo los niños, lo mismo los hombres, lo mismo las mujeres. Ellos y ellas no mean sino en patota ...”¹⁷. Lo que explicaría esta clase de asociación -según la superioridad de la ironía baudelairiana- es la pereza para pensar. Se trataría de personas que no pueden ser dichas si no ven que otros lo son por los mismos procedimientos que ellas. En Bruselas, entonces, los hombres se juntan para criar pinzones y se juntan también para sacarle los ojos a los pinzones. Los ejemplos con pinzones, desde ya, son de Baudelaire, que quiere equiparar el gusto por la crueldad con los animales, a los que cualquier hombre considera inferiores, con el gusto por reírse de otros hombres, a los que se inferioriza por medio de la broma. Es esta clase de broma la que tendría en el “espíritu de pequeña ciudad” denunciado por Baudelaire un precursor del culto fascista de la broma (y no en Baudelaire, como afirma Benjamin)¹⁸.

La conducta del conspirador metropolitano tiene con la del miembro de la patota un rasgo en común que puede entenderse mejor cuando se lo ve en su caricatura provinciana. Lo que le gusta verdaderamente al conspirador profesional es lo mismo que le gusta al patotero de Bruselas: la organización de la conjura. El máximo placer de conspirar se obtiene con la parte medieval de esta ocupación moderna. La conspiración, en los términos que venimos hablando, es eminentemente moderna. Si el poder inspirara entre quienes están en condiciones de alcanzarlo alguna impresión que lo hiciera parecer sagrado, la conspiración no podría existir. Es más, puede llevarse todo lo atrás en el tiempo que se quiera este concepto de conspiración, y aplicárselo a las sangrientas conjuras que se hicieron famosas

¹⁷ Ibid., p. 77

¹⁸ “... En Bélgica (...) hubo en momento en que se lo tomó por un soplón de la policía francesa. (...) Lo que en Bélgica pudo ocasionarle semejante fama es difícil que sólo fuese la enemistad que puso bien a las claras en contra de Hugo, proscrito entonces y muy celebrado allí. En que dicho rumor se levantase tuvo parte su devastadora ironía; quizás hasta llegara a caer en extenderlo él mismo. El ‘culte de la blague’, que volvemos a encontrar en Georges Sorel y que se ha convertido en parte consistente, inalienable de la propaganda fascista, forma en Baudelaire uno de sus primeros nudos de fecundidad ...” Benjamin, Walter, “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, ed. cit., p. 26



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

por las tragedias shakespeareanas, pero, en ese caso, lo que se ampliaría sería el concepto de Modernidad, no el de Edad Media.

Si bien toda risa nace de un repentino sentimiento de superioridad que ataca al que ríe, entre la risa satánica de Baudelaire y la risa imbécil que él le atribuye a los belgas lo único que hay en común en una búsqueda de complicidad que sólo por medio de las fraternidades artificiales puede derivar en impunidad. El problema de Baudelaire, como mucho, consiste en no poder reconocer que nadie se ríe sólo, ni siquiera él. La complicidad que exige toda forma de humor es de orden intelectual. La ironía que Baudelaire practica en Bruselas cuadraría como una forma de humor que requiere, de un futuro lector, ese tipo de complicidad. Remite a una fraternidad moderna (la que presupone el igualitarismo del mercado, aunque ese mercado esté segmentado) y no medieval. No es una complicidad que se garantiza con el miedo al castigo (el miedo a la exclusión). Exige identificarse con el narrador –si lo juzgamos con la lógica catártica- y no con los personajes, menos que menos con la víctima. En la medida en que el humor no le exige al lector de Baudelaire ni que se identifique con los personajes ni que descargue sus pasiones básicas –el miedo y la piedad- poniéndose en el lugar de ellos, tampoco puede pretender una complicidad que tenga otros alcances que los puramente intelectuales. Nadie mejora –pero tampoco empeora- por aquello que lo hace reír. Por las mismas razones que en la vida cotidiana alguien puede reírse de un chiste machista o antisemita sin necesariamente ser machista o antisemita (si se ríe, en principio, es porque ha entendido el chiste: la relación con el inconsciente se decide en otro nivel), un machista o un antisemita podrían reírse de un chiste donde el mundo en el que esa clase de chistes hacen sentido está puesto entre paréntesis. En cualquiera de los dos casos (el del sujeto políticamente correcto que se ríe de algo políticamente incorrecto y el del sujeto políticamente incorrecto que se ríe con algo políticamente correcto), la risa no logra alterar ni las creencias ni los sentimientos personales, sólo demuestra que el intelecto –que razona abstractamente, de acuerdo con una lógica que es social, no individual- ha comprendido la operación hecha con el lenguaje. Sólo el humor absurdo es capaz de poner en riesgo la comprensión, porque sigue su propia ley formal, sin tener por eso un referente identificable (la víctima de la burla).



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

De todos modos, en la vida cotidiana, cuando se elige el humor absurdo en lugar de la broma con referente humano, la diversión pura consiste en la libertad absoluta de hacer asociaciones libres, pero de hacerlas con la complicidad de otras personas, no de manera solitaria. Aún el humor absurdo emula el placer de hablar en un código hermético, pero al mismo tiempo, compartido. Si el humor no genera complicidad, porque su lenguaje no resulta lo suficientemente comunicativo, el que lo practica se vuelve sospechoso, como le sucedió a Baudelaire, con su ironía, en Bruselas.

Como lo que caracteriza a las sociedades es la división, el modo de asociarse de sus miembros es disciplinario: cualquiera puede ser el próximo (el próximo excluido, la próxima víctima de la broma). El disciplinamiento es lo que aparece a los ojos de Baudelaire como “tonterías feudales”. Lo medieval que contrarresta lo moderno. La fuerza centrípeta contra la fuerza centrífuga.

De todos modos, la de Baudelaire es esa clase de visión estética de la política que Benjamin no quiere hacer propia salvo para su concepto de modernidad, vinculado a la lógica de la gran ciudad (el que desarrolla en las tres partes de su ensayo sobre Baudelaire: “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, “Sobre algunos temas en Baudelaire” y “París, capital del siglo XIX”, y que se completa con “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”). En esa visión estética de la política, el que mira mira desde afuera de todas las posiciones posibles. Esa visión, no obstante, no es totalmente descomprometida para con sus objetos, sino que se rige por un principio disolvente, el principio de la risa satánica, que simula ser el punto de vista de un desclasado cuando en realidad se pone en el lugar del ojo de Dios (de un dios maligno, desde ya, un dios que no quiere a los hombres, porque los sabe a todos inferiores a él, y al mirarlos desde arriba –como Harry Lime en *El tercer hombre*, el film de Carol Reed- los ve como hormigas). Por la misma razón no hay moralismo alguno en Baudelaire. Hay estética en lugar de política, y estética en lugar de moral. Baudelaire es católico no practicante –un catolicismo literario, como le llama Benjamin- para burlarse del ateísmo y el anticlericalismo de los belgas (patéticos falsificadores del jacobinismo), y alguien que se declara soplón, asesino y pederasta, cuando desconfían de él por expatriado. Quien levanta la apuesta en base a la sospecha que intuye en el otro no sólo se está burlando de los prejuicios con que –supone- él está siendo



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

mirado por quienes considera inferiores, sino que se inventa una segunda naturaleza que después tiene que cuidarse de no sobreactuarla, porque podría volver, gracias a ella, inteligentes a los tontos. El vanguardismo es lo peligroso de toda actitud farsesca (y no al revés). Desafiando la actitud pasiva y crédula del público libresco, las vanguardias del siglo XX terminarían educándolo para que se aburriera de ellas antes que ellas mismas. A Baudelaire, para su suerte, le quedaba poca vida, cuando estaba en Bruselas, como para comprobarlo.

También en lo farsesco se parecen Baudelaire y Luis Bonaparte. La primera vez que algo sucede es una tragedia, cuando se repite, una farsa. Esa bohemia, en la que ambos llegan a ser lo que eran, todavía no necesitaba cuidarse de esa actitud farsesca que para el vanguardismo del siglo XX fue su propia némesis. De cualquier forma, se nota en ambos, sin disimulo, el que será el sello de la primacía de lo estético sobre lo político: el hacerse cada uno a sí mismo algo que todavía las multitudes, entre las que circulaban de incógnito, no conocían. A esta actitud farsesca Benjamin la llama “metafísica del provocador”. Y es la que hace, en lo que Baudelaire y Luis Bonaparte tienen de bohemios y de conspiradores, que ambos disfruten tanto de la fase preliminar del arte de la conjura. Es que la fase preliminar resulta, precisamente, la fase en la que se inferioriza al que va a caer en las propias redes: si bien la consigna de todo buen político es no subestimar al enemigo, en la fase en que alguien elige al enemigo lo elige bajo la presunción de que es inferior (se trataría de alguien que está circunstancialmente en una posición superior, porque ha logrado, con su impostura, que nadie, salvo el conspirador, se diera cuenta de que es un arribista). El momento de la conjura es el momento estético de la política, el momento en que la metafísica de la provocación está en su apogeo.

Incluso entre los proletarios –da a entender Benjamin- la conspiración mantiene este rasgo. Lo que al conspirador profesional le gusta de la revolución es la fase organizativa. Le gusta organizar suficientemente la conjura porque lo que le gusta de la política no es lo propiamente político, sino lo estético: la conjura. Bombas incendiarias, máquinas destructivas, motines sorprendentes pueden ser igualmente espectaculares independientemente del signo ideológico que tengan, de en nombre de qué estén inspirados y a quiénes estén dedicados. Lo que tendrá valor, en última instancia, es la firma que



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

llevará la operación en caso de tener éxito. La meta del conspirador es derribar al gobierno antes que ilustrar a los trabajadores. De ahí que el conspirador tenga –en el predominio de lo estético sobre lo político que le descubre la lectura benjaminiana- una irritación no proletaria (así su extracción social sea proletaria). La irritación del provocador es siempre plebeya. El conspirador, por eso, está contra los “levitas negras”, contra la gentes que se vuelven serias por sentirse cultivadas.

El provocador (el conspirador como provocador) tiene la falta de convicción propia de todo lo moderno, esa actitud cuya otra mitad sería lo verdadero, pero que ella misma no llega a definirse por su opuesto, porque no quiere ser falsa, sino veleidosa. Quien es veleidoso lo es porque no puede perseverar, pero, sobre todo, porque no quiere perseverar. Sabe que no es necesario. No se trata de un maquiavelismo, sino de una cierta ligereza que se advierte como útil a los propios fines. ¿Por qué perseverar en algo, si nada es verdadero? ¿Por qué apegarse a algo, si nada nace para durar mucho tiempo? Es aquello de lo que se quejaba Courbet cuando tenía que pintar el retrato de Baudelaire: cada día llegaba al atelier con un aspecto diferente. Eso es el conspirador: alguien que detrás de las máscaras guarda el incógnito, incluso para sí.

La lógica del conspirador, en el París del Segundo Imperio, será la misma de los periódicos. De ahí que diga Benjamin que las costumbres conspiratorias son las que van prosperar y perfeccionarse bajo Napoleón III. El encanto del periódico –el único encanto, podría decirse- radica en que tiene que, obligatoriamente, renovarse todos los días. Por eso sus objetos de preocupación también van a tener que tener una naturaleza cada vez más veleidosa. “... Cotilleos de la ciudad, intrigas de teatro, hasta ‘lo que era digno de saberse’ eran sus fuentes preferidas ...”¹⁹ (a lo que habría que agregar las catástrofes y crímenes del mundo entero que, a esa altura del siglo, ya se sabían gracias al telégrafo).

En el ambiente conspirador de París que Benjamin describe con los criterios clasificatorios de Marx (conspiradores ocasionales y conspiradores profesionales), Blanqui queda ubicado en una posición híbrida. Hay buenas razones para que entre en la clasificación como putschista, como esa clase de conspiradores profesionales que improvisan una revolución

¹⁹ Benjamin, Walter, “El París del Segundo Imperio en Baudelaire”, ed. cit., p. 40



Recordando a

Walter Benjamin

Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria.

III SEMINARIO INTERNACIONAL
POLÍTICAS DE LA MEMORIA

CENTRO CULTURAL DE LA MEMORIA HAROLDO CONTI
Buenos Aires - Argentina

sin que haya condiciones objetivas para que triunfe. Pero, bajo este rubro, el de putschista, a Blanqui le faltaría del conspirador ese rasgo que le permite disfrutar de la fase preliminar de la conspiración como la más intensa, porque es aquella donde lo estético predomina sobre lo político (donde el enemigo, en ese primer momento, por única vez, quizá, puede ser inferiorizado). A este tipo de conspiradores, los putschistas, Marx –recuerda Benjamin– los llama alquimistas de la revolución. De nuevo, es el residuo retrógrado de algo moderno lo que se disfruta verdaderamente en la conspiración (en el caso de la alquimia, el residuo retrógrado sería antiguo, en lugar de medieval).

Pero Blanqui tenía la apariencia de un “levita negra” y el “levita negro” (por privilegiar la ilustración del proletariado antes que la acción) era la contrafigura del conspirador profesional. Este es el rasgo de sobriedad de los blanquistas que los pone en la línea de la paciencia marxiana y los aleja del sentido de la destrucción total por la que seducen al último Benjamin.

Por eso, es lo que le hizo a Blanqui merecer el calificativo de “encerrado” por lo que se ganó la posibilidad de la diferencia respecto de los conspiradores profesionales²⁰. *La eternidad por los astros* era un libro que enseñaba a desconfiar del Progreso, de las leyes en la Historia, de la Historia (como una trama que trasciende lo humano y se vuelve inhumana), en última instancia, a perder la sobriedad y la paciencia marxianas. Es por ese libro que Benjamin le da a Blanqui el lugar que le da en el *Libro de los pasajes*: como el adversario más temido del Segundo Imperio y, por extensión, del siglo XIX.

²⁰ Louis Auguste Blanqui permaneció 37 de sus 76 años de vida en prisión. Durante la Comuna de París, estuvo preso. Por eso se lo conocía como *L' Enfermé*, el Encerrado. En 1871, el año de la Comuna, escribe *La eternidad por los astros*.